

CONFLICTO SOCIAL E IDEOLOGIA CIENTIFICA: DE CHILE A EL SALVADOR*

Ignacio Martín-Baró

**Departamento de Psicología y Educación
Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas"**

RESUMEN

Al analizar los procesos de liberación de los pueblos latinoamericanos, es inevitable el cuestionarse acerca del papel que las ciencias sociales pueden y deben desempeñar, y de los aportes más específicamente de la psicología social en favor de tales procesos.

La reflexión sobre el conflicto salvadoreño permite constatar fundamentales coincidencias con el proceso chileno durante el período de la Unidad Popular, así como con el proceso revolucionario nicaragüense, en la exigencia de las fuerzas en pugna a la opción del científico, como un fenómeno inherente a la polarización social.

La conclusión más favorable para la sociedad, a la que el científico social debe llegar, aunque obviamente es la menos frecuente y la más peligrosa, es la impostergable necesidad de adoptar un compromiso crítico frente a tales procesos y no olvidar que algo de lo mucho que estos procesos han enseñado es que la verdad del poder no se lleva con la racionalidad científica.

* Los planteamientos contenidos en este artículo, fueron planteados por el autor dentro del contexto político y social correspondiente al año 1985; pero, siguen teniendo plena vigencia en el momento actual.

1. Introducción: la experiencia chilena

Si hubiera que sintetizar en pocas palabras la historia de los pueblos latinoamericanos, podría decirse que ésta consiste en un rosario de esfuerzos fallidos por sacudirse sucesivas dominaciones y por tomar en sus propias manos las riendas de su destino. Es posible que muchos de los periódicos golpes de estado que nos han merecido el calificativo de "países banana" (*banana countries*), haya que cargarlos a la cuenta de ambiciones personales o de pleitos "de cocina" institucional. Sin embargo, la perenne inestabilidad de nuestras sociedades, considerada globalmente, pone de manifiesto lo precario de las condiciones humanas en que pretenden asentarse los ordenamientos sociales existentes, solo conservables mediante mecanismos cada vez más drásticos de seguridad nacional.

La tarea que confrontan nuestros pueblos es doble: se trata por un lado, de liberarse de aquellos factores tanto externos como internos que los mantienen atados a los intereses de otros países, en función de los cuales están organizadas las estructuras básicas de la sociedad; y por otro lado, también se trata de liberarse de aquellas ataduras interiorizadas que enajenan sus mentes respecto al horizonte de sus vidas, bloqueándoles las vías de su

propia identidad histórica como personas y como pueblos.

La pregunta que nos concierne se refiere al papel que en estos procesos han desempeñado, o pueden y deben desempeñar las ciencias sociales. Más en concreto me pregunto por el aporte específico que la psicología, y en mi caso la psicología social, puede dar a estos proyectos de liberación de los pueblos latinoamericanos. La pregunta es tanto más pertinente cuanto que existen serias dudas, no sólo sobre el papel que de hecho la psicología está desempeñando en nuestros países, sino incluso sobre sus mismas posibilidades intrínsecas de contribuir positivamente al cambio social (ver Deleule, 1972).

Hace diez años, el psicólogo chileno Ricardo Zúñiga, se planteó esta misma pregunta, partiendo de la rica experiencia vivida en su país durante el período de la Unidad Popular, entre 1970 y 1973 (ver Zúñiga, 1976). Uno de los aspectos más importantes del gobierno del socialista Salvador Allende fue el intento de lograr la transformación radical de la sociedad chilena dentro de los márgenes establecidos por un régimen de democracia liberal.

Allende subió al poder con el voto popular, y ese mismo voto lo ratificó por una mayoría todavía más amplia dos años después, cuando ya habían comenzado los

ataques desestabilizadores.

Zúñiga utiliza el modelo de la sociedad experimental de Campbell para examinar el proceso chileno y lo que representó para las ciencias sociales. Podemos sintetizar su análisis en cuatro puntos.

1. Se produjo una polarización de la sociedad chilena hacia dos proyectos políticos alternativos. Esta polarización invadió todos los ámbitos de la existencia, de tal manera que la tensión desquiciante se daba lo mismo en el trabajo que en el hogar, en la calle que en la iglesia entre desconocidos que entre amigos.
2. Cada sector de la sociedad e incluso cada persona se sintieron presionados, primero a definirse respecto de los proyectos alternativos, y después a comprometerse con uno u otro de ellos. Así se produjo una movilización social generalizada, que incluía todo tipo de grupos.

En este contexto polarizado, las ciencias sociales se vieron obligadas a abandonar la torre de su objetividad neutral. Los hechos cotidianos mostraban que los diversos paradigmas científicos correspondían a uno u otro de los proyectos políticos, y que el esfuerzo por separar la opción como ciudadano, de la opción

como científico, (Miller, 1969) no hacía sino ahondar una falsa conciencia.

Frente al reclamo perentorio de los grupos movilizados en el proceso, los científicos sociales y en concreto los psicólogos, se encontraron ante un problema para el que no estaban preparados. Acostumbrados por el paradigma experimental a insertarse en los procesos desde los niveles más altos de control social, el desplazamiento del poder hacia los sectores populares imposibilitaba su estrategia favorita. Unos pocos recurrieron a montarse en el carro del cambio social en forma acrítica; otros trataron de redefinir los problemas en términos psicológicos, reduciendo a factores personales los procesos sociales. Finalmente otros, entre los que se contaba el propio Zúñiga, se esforzaron por acompañar el proceso con un enfoque de métodos, encaminando al “aumento de la racionalidad reflexiva en la verificación de la realidad y en la evaluación de la adaptación a los hechos sociohistóricos” (Zúñiga, 1976, pág. 37).

A la psicología no le competiría entonces definir los objetivos ni dirigir el proceso de cambio social, sino acompañar a los grupos en su camino verificando si los hechos responden a los objetivos y si las realizaciones se van ajustando a los ideales. El científico social se convertiría así, no en un

simple “guardián post facto de la razón”, sino en un guardián interactivo, a la manera como el psicoterapeuta trabaja con su paciente, “compartiendo su experiencia, pero añadiéndole un grado de libertad a través de la relación” (pág. 40).

La aceptación de la propuesta de Zúñiga exigiría un cambio radical en el papel que, según muchos, el psicólogo está desempeñando en las sociedades latinoamericanas: se trataría de pasar de constituir la racionalidad de los guardianes, a constituirse en guardián de la racionalidad social. Desgraciadamente, el proceso chileno tuvo un brutal desenlace muy propio de nuestros guardianes tradicionales y muy ajeno a cualquier tipo de racionalidad, lo que nos impide hoy valorar la pertinencia científica e histórica de esa propuesta.

2. La experiencia salvadoreña

Pero si el intento de la Unidad Popular chilena fue abortado por los dólares de Nixon y los tanques de Pinochet, los anhelos de justicia y libertad de los pueblos latinoamericanos han hecho erupción por otros volcanes. Al final de la década de los setenta mientras las cadenas de la “seguridad nacional” maniataban a los pueblos del cono sur, empezaron a proliferar por toda el área centroamericana, movimientos de li-

beración popular que trataban de romper las cadenas de sus países. Se diría que la cobija de la seguridad nacional no alcanza para tapar la libertad de todos los latinoamericanos y que al extenderla por un lado, se encoge por otro. Así, en 1979, el Frente Sandinista de Liberación Nacional puso a fin a la dictadura familiar de los Somoza en Nicaragua, mientras que el ascenso imparable del movimiento popular-revolucionario en El Salvador, obligaba a los militares a dar un golpe de estado con el fin de evitar el derrumbamiento del régimen. Desde entonces, tanto el pueblo nicaragüense como el pueblo salvadoreño se encuentran en guerra, uno para preservar y continuar su revolución, el otro para iniciarla. Como cabía esperar, el mismo brazo largo y violento que ayer financió la “desestabilización” de Allende, hoy mina y bloquea los puertos de Nicaragua o bombardea a los campesinos salvadoreños del Chinchontepec y de Guazapa.

Vivir desde dentro uno de estos procesos todavía en marcha, es sin duda una experiencia no por dolorosa menos fascinante para el científico social. Lo lábil de la situación plantea continuos retos que le obligan a pensar los problemas desde perspectivas imprevistas, mientras que la pequeñez de los países hace que sus respuestas, que en otros con-

textos pasarían desapercibidos, puedan tener allí grandes repercusiones. Aunque en buena lógica el caso nicaragüense tiene una continuidad mayor con el caso chileno, me limitaré a esta experiencia salvadoreña, que es la que me ha tocado vivir.

2) Tres proyectos

Es sabido que El Salvador, pequeño país de 21,000 km² con una población de aproximadamente cinco millones de habitantes, es una de las sociedades que presenta contrastes socioeconómicos más hirientes a pesar de la pequeñez de su territorio (ver Browning, 1975; White, 1983). Constituye un lugar común afirmar que el país está en manos de "catorce familias", dato obviamente simbólico: puesto que el país se encuentra dividido en catorce departamentos, con ese número se pretende aludir a una altísima concentración en la riqueza, como si cada departamento fuera la finca particular de una familia. Sin duda no se trata de catorce familias oligarcas; pero un estudio reciente ha podido comprobar que la realidad no está muy lejos del símbolo y que, mientras el 62% de la población tenía en 1979 un ingreso anual *per cápita* inferior a los 300 colones, 116 grandes capitalistas tenían un ingreso anual *per cápita* de 22'528,448 colones, es decir, un ingreso setenta y cinco mil ve-

ces mayor (Sevillas, 1984).

En numerosas oportunidades el pueblo salvadoreño ha expresado su voluntad de cambio social por medios pacíficos. Una de las últimas y más conocidas, es la votación presidencial de 1972: lo que por el derecho del voto ganó la Unión Nacional Opositora, por el poder de las armas le arrebataron los militares y, al clamor popular de protesta, se respondió con una oleada de represión (ver Hernández-Pico y Jerez, 1973). La fecha es importante por muchas razones. Ante todo, porque constituye el modelo que se ha ido repitiendo una y otra vez: a las justas demandas del pueblo, incluso a los logros obtenidos a través del juego legal impuesto desde el poder, se ha respondido con intransigencia y represión. Es importante, también, porque en aquella elección se presentaron juntos quienes hoy constituyen las cabezas de los grupos contendientes: el ingeniero Duarte, luego presidente de la República, y el doctor Ungo, presidente del Frente Democrático Revolucionario. Es importante, por fin, porque marca el comienzo de las organizaciones político-militares que, convencidas de la inutilidad de buscar los cambios por las vías pacíficas y legales, optan por tomar el camino de la insurrección guerrillera.

En 1979, un grupo de milita-

res jóvenes da un golpe de estado y llama al gobierno a una serie de políticos y profesionales progresistas que, al estilo de Allende, tratan de iniciar un cambio social radical en un marco democrático (ver *Pronunciamiento*, 1979). El intento es visto por unos como la implantación de un régimen comunista, mientras que los otros sienten que es el último esfuerzo para evitar cambios verdaderamente revolucionarios. El hecho es que el gobierno surgido del golpe de estado cae antes de haber completado tres meses y el país se hunde en un caos de salvaje represión y violencia generalizada: las manifestaciones populares son saldados a sangre y fuego, poblaciones campesinas enteras son masacradas, los líderes sindicales son asesinados, los maestros "desaparecidos", y la locura represiva llega hasta el mismo altar, tomándose la vida del propio Arzobispo de San Salvador, Monseñor Oscar Arnulfo Romero (González, 1980; Centro Universitario, 1982a). En enero de 1981, la guerra formal se desencadena con una fuerte ofensiva militar por parte del frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional, el FMLN (Martín-Baró, 1981a).

Tres grandes proyectos políticos debaten con los fusiles el futuro del pueblo salvadoreño: a) un proyecto oligárquico, que simplemente busca restablecer el orden secular en el país, sin hacer

concesión alguna a las demandas de cambio; b) un proyecto revolucionario, que pretende cambiar las estructuras fundamentales del país, orientándolas en beneficio de las mayorías populares; y, finalmente, c) un proyecto reformista, que aspira a mantener el orden tradicional, pero realizando aquellos cambios socioeconómicos necesarios para permitir la supervivencia del régimen y volver injustificado el reclamo revolucionario (ver Encrucijada, 1984). Dentro del proyecto reformista había que distinguir todavía entre el proyecto de la Democracia Cristiana, cuyo énfasis estaba en la realización de las reformas, y el proyecto norteamericano para el país, cuyo objetivo fundamental es la aniquilación del movimiento revolucionario y el mantenimiento del régimen tradicional, bajo su poder hegemónico.

Como ocurrió en Chile y como parece ocurrir en todas aquellas situaciones donde se ponen en juego las opciones básicas de una sociedad, los salvadoreños sintieron que los proyectos en conflicto reclamaban su definición e involucramiento personal: había que "comprometerse" sin que valieran las medias tintas, ya que la indecisión era identificada como opción por el contrario (ver Martín-Baró, 1983). Como polvo metálico en un campo magnético, los salvadoreños se fueron arremolinando en polos opuestos;

pero a la hora de echar cuentas, aunque había tres proyectos, sólo se producían dos polos, y oligarcas y reformistas se encontraban en un mismo bando, haciendo juntos la guerra a los grupos democráticos-revolucionarios. Sobre este transfondo se hacía obvia la falsedad del discurso reformista, con su pretensión de representar una alternativa de centro frente a dos extremas.

Quizá las dos novedades históricas más importantes en este contexto sean el papel desalienador y dinamizador desempeñado por la religión, y el surgimiento de las organizaciones populares como canal para la participación social y política de las mayorías oprimidas en la configuración de la sociedad salvadoreña.

Por lo general, y con algunas notables excepciones, la religión ha jugado en América Latina un papel conservador, convirtiéndose de hecho en uno de los tres grandes pilares institucionales del poder establecido: el ejército, la escuela y la iglesia (ver Maduro, 1979). El campesino salvadoreño aceptaba con sumisión su destino, creyendo que reflejaba la voluntad misteriosa de Dios. El universo de su conciencia se cerraba en forma fatalista, asumiendo que su suerte era parte de un orden natural, como lo es el crecimiento de las plantas o la inalterable sucesión de noches y días.

Este mundo cerrado se resquebrajó cuando el movimiento iniciado en la iglesia católica con el Concilio Vaticano II y aplicado a América Latina por la Conferencia Episcopal de Medellín le trajo un anuncio de salvación histórica: su situación de despojo y la miseria no eran obra de la voluntad de Dios, sino el resultado de la explotación humana, el producto de unas estructuras sociales injustas, a las que los obispos calificaban de pecaminosas, pues causaban la pesadumbre colectiva. Liberarse del pecado exigía eliminar las raíces de la injusticia y de la deshumanización (ver *La fe*, 1983). Este verdadero evangelio, esta “buena noticia”, abrió el horizonte del campesino salvadoreño, rompió las ataduras de su conciencia, lo que le permitió mirar al mundo circundante con ojos nuevos y lanzarse al trabajo por su dignificación personal y social sabiendo que, con ello, no sólo no ofendía a Dios, sino que contribuía a establecer en la tierra la comunidad de hermanos, hijos de un mismo Padre, anunciada por Jesús de Nazaret (ver Cabarrús, 1983).

Muchos de los campesinos liberados de su fatalismo secular por la concientización religiosa se incorporaron a las organizaciones populares. Las organizaciones populares constituyan una alternativa eficaz a los partidos políticos tradicionales, que se habían

mostrado incapaces de canalizar las aspiraciones de las masas oprimidas y de capitalizar su dinámico potencial (Campos, 1979; Ellacuría, 1984). Las organizaciones populares representaban la cristalización de una identidad colectiva incipiente, hecha posible por el proceso de desalienación religiosa, alimentada por una educación política y dinamizada por la disponibilidad total de quien sabe que nada o casi nada tiene que perder. Dentro de las organizaciones populares, los "condenados de la tierra" salvadoreños se descubrieron como personas, como sujetos de una historia que tenían que hacer: los "ninguneados" de siempre se convertían en alguien con voz y palabra. La sumatoria de impotencias individuales producía dialógicamente un poder social capaz de poner en jaque al sistema establecido. Emergían así, día tras día, los grupos populares más inusitados, que reencontraban dignidad y orgullo en situaciones que hasta entonces les habían humillado: habitantes de tugurios, repartidores de periódicos, mujeres de los mercados, pero sobre todo, campesinos. El campesinado es el gran protagonista de las organizaciones populares salvadoreños, un hecho que sin duda constituye una importante novedad histórica. Los grupos se sumaron unos a otros en un proceso simultáneo de diferenciación e integración. Aparecieron así las grandes organizaciones masivas:

el Bloque Popular Revolucionario, las Ligas Populares 28 de Febrero, el Frente de Acción Popular Unificada.

Las organizaciones populares salvadoreñas llegaron a su plenitud el 22 de enero de 1980 cuando, frente a gravísimas amenazas, pusieron en las calles de San Salvador a más de cien mil manifestantes, que celebraban el logro de la unidad popular en una Coordinadora Revolucionaria de Masas. Pero ese mismo día apareció con claridad que se había tocado el fondo del sistema: la manifestación fue disuelta a tiro de ametralladoras, con un saldo no menor a cuarenta muertos y casi el doble de "desaparecidos" (ver Escobar, 1980). Dos meses después, el 30 de marzo, el sistema ratificaría su portazo final a la opción pacífica de las organizaciones populares, ametrallando a la multitud reunida para enterrar al asesinado arzobispo de San Salvador. Era la guerra.

2.2. La prolongación de la guerra

Ante el estado avanzado de descomposición en que se encontraba el régimen salvadoreño, muchos pensamos que la guerra tendría un pronto desenlace favorable a los revolucionarios, olvidándonos incluso de que uno de los principales movimientos guerrilleros, las Fuerzas Populares de Liberación, hablaba de una

“guerra popular prolongada”. Se pensaba, no sin fundamento, que aquello “ya no podía durar más”, que la situación, se la mirara por donde se le mirara, no daba más de sí. Nos equivocamos; aquello duró y la situación siguió dando de sí. Una vez más comprobamos lo difícil que resulta establecer un balance adecuado de las fuerzas sociales de un país y, sobre todo, lo mal que hacemos las cosas los científicos sociales (psicólogos, sociólogos o economistas) cuando nos ponemos a predecir fuera del laboratorio o sobre problemas importantes. Es muy posible que la prolongación de la crisis salvadoreña haya que atribuirla a la abierta y cada vez más masiva intervención norteamericana, sin la cual quienes hoy detentan el poder se hubieran derribado. Pero esto mismo prueba la precariedad de nuestros esquemas, más atentos al aquí y ahora individual que al allá y luego estructural.

La prolongación de la guerra muy pronto nos hizo tomar conciencia de los límites de aquellos procesos que exigen de la población una utilización intensiva de todos sus recursos psicosociales. En concreto, pudimos observar que la polarización social no sólo llegaba en poco tiempo a su clímax, sino que mostraba signos de involución. Parte de esa despolarización fue el resultado obligado de un clima de terror im-

puesto por la maquinaria represiva; resultaba difícil, por no decir imposible, mantener una postura de oposición política cuando ello abocaba casi inevitablemente a la propia muerte o “desaparición”. No olvidemos que las víctimas de la represión en El Salvador durante estos últimos cinco años suman más de 50.000, y que casi un millón de salvadoreños, es decir el 20% de la población, ha tenido que salir huyendo de su lugar de vivienda y aun del país, a fin de preservar su vida (ver Lawyers, 1984; Montes, 1984). El único sitio donde se podía ejercer en verdad la disidencia era la montaña, esto es, el frente de batalla, y muchos sentían que esa opción desbordaba sus fuerzas físicas o sus principios morales. Así, el terror logró silenciar muchas voces, bloquear muchas voluntades, apagar muchos idealismos. Quienes por un momento habían encontrado sentido a su palabra histórica, regresaron una vez más al pasivo silencio que hace posible la supervivencia en un medio tan hostil. El fatalismo de los marginados se alimentaba con una nueva frustración que probaba la inocuidad de sus esfuerzos. Dicho sea entre paréntesis, resultaría entonces redundante cuando no ofensivo encasillar a estas personas con el calificativo del “control externo”, como si los regímenes imperantes les ofrecieran alguna alternativa.

Pero si el terror represivo apartó a muchos de la contienda, a no pocos les venció el agotamiento. Es difícil mantener durante largo tiempo un estado de tensión como el que exigía una vida tan polarizada. La disposición heroica va siendo socavada por la trivialidad de lo cotidiano, sobre todo por la necesidad de atender a las demandas más perentorias de la existencia: hay que comer, hay que dormir, hay que educar y proteger a los hijos, y el involucramiento político tiende a absorber la totalidad del tiempo y de las energías. Un papel crucial en la vivencia del cansancio lo jugó el derrumbamiento de cierto inmediatismo triunfalista: la convicción de que el triunfo popular estaba ya al alcance de la mano hizo todavía más hiriente la prolongación del conflicto, lo mismo que la reafirmación represiva del poder establecido. La obnubilación de su esperanza contribuyó a que no pocos se fueran separando paulatinamente del movimiento popular. No es que se hubieran incorporado al quehacer de las organizaciones de masas llevados por el oportunismo, ya que muchos dejaron su vida en el trayecto; sencillamente el camino se les hacía demasiado largo, sin perspectivas que respondieran a sus necesidades inmediatas ni un horizonte que satisficiera a su conciencia.

La prolongación del conflicto no sólo produjo la despolariza-

ción forzada o involuntaria de algunos, sino que reforzó el esfuerzo de otros por desidentificarse con las fuerzas en conflicto. Este esfuerzo de desidentificación colectiva, muy característico aunque no exclusivo de ciertos sectores medios urbanos, ha conducido a veces a una negación compulsiva de la realidad y a la elaboración de complejas rutinas que satisfagan una verdadera bulimia de placer (ver Jaspers, 1946/1955, pág. 819; Martín-Baró, 1984a), como si la ignorancia de la guerra sólo fuera posible mediante un cúmulo de sensaciones o como si la precariedad del mañana exigiera un aferramiento maniático al presente. Sin llegar a estos extremos, la irresolución del conflicto ha llevado a muchos a buscar nuevos espacios de convivencia que les permitan desarrollar su existencia sin abdicar internamente de sus valores e ideales, pero sin tener que ligar todo su quehacer a los vaivenes de la confrontación. Es dudoso que este proceso de desidentificación pueda darse en una situación como la de El Salvador sin que ello produzca a las personas una cierta dosis de mala conciencia; con todo, el peligro mayor estriba en que la despolarización grupal, en lugar de abrir espacios para la solución racional de conflicto, se traduzca en un simple abandono del campo a los sectores más extremistas y en una abdicación de hecho frente a quienes, desde el poder

económico o militar, siempre han determinado el destino del país. Por de pronto, la desidentificación de ciertos sectores medios de la capital metropolitana ha permitido al régimen presentar hacia fuera una imagen de normalidad y aun de democratización, imagen poco acorde con la realidad, pero necesaria para la venta internacional del proyecto norteamericano para el país.

Sería un error sin embargo pensar que el proceso va a seguir desde ahora una pendiente de despolarización progresiva. Como lo están mostrando los acontecimientos de los últimos meses, hay un resurgimiento de la movilización popular, que si no revisite los mismos caracteres que hace cinco años, es porque no en vano el pueblo ha sufrido el impacto del terror y de la guerra. Se diría que la frustración y la cólera acumuladas vuelven a rebasar el vaso de la "seguridad nacional". Las condiciones objetivas de la mayoría de los salvadoreños son tan precarias, la inoperancia del gobierno para responder a por lo menos alguna de sus necesidades básicas es tan grande, que la polarización radical permanece como una alternativa válida. No parece probable que el proceso vuelva a tomar el camino de la polarización generalizada: más bien, cabe esperar fluctuaciones que dependerán, en parte, del espacio realmente disponible para el accionar político, así co-

mo de las posibilidades de triunfo otorgadas a la opción guerrillera. La movilización popular —sus formas y dimensiones— constituye el resultado de una ecuación muy compleja, integrada por diversos factores cuyo peso específico desconocemos. Ello significa que no hay una relación constante ni mucho menos mecánica entre las condiciones objetivas de los grupos y personas y su conciencia subjetiva. Pero significa también que cualquier predicción que se hiciere sobre la evolución de los movimientos populares contendría una alta dosis de adivinanza y aun de profecía, la que por sí misma puede contribuir al cumplimiento de lo predicho o bien a evitarlo.

La prolongación de la guerra ha producido también una nueva realidad social, cuyo papel específico en la determinación del futuro es imprevisible, pero cuyo peso social, como potencia o como lastre, debe ser tenido en cuenta: la población de desplazados y refugiados. No menos de medio millón de salvadoreños se han visto obligados a buscar refugio más allá de las fronteras de su patria, y un número no menor se han desplazado al interior del país, empujados por las bombas y el terror (Montes, 1984; Instituto, 1985). En su gran mayoría los desplazados no forman un grupo organizado, y su misma dispersión espacial agudiza la amenaza de su desintegración psicosocial.

Sin embargo, tanto por su número como por la vivencia del despojo bélico, desplazados y refugiados constituyen una población cuya única alternativa real parece situarse entre el sometimiento fatalista o la polarización violenta. Más allá del grave problema inmediato que supone el atender a esta población de víctimas de la guerra, su reintegración a la sociedad presenta un reto cuya magnitud sólo va a apreciarse cuando se ponga fin al conflicto. Pero para entonces, e independientemente de cómo se resuelva la guerra, gran parte de ellos ya habrán sido absorbidos por el aluvión de la marginalidad urbana, alimento permanente de mendigos, prostitutas y maleantes.

2.3. La marginación de las ciencias sociales

Como es obvio, la guerra civil salvadoreña ha tocado también a las puertas de las ciencias sociales. Irrespetuosamente de la objetividad e ignorantes de la distinción entre el científico y el ciudadano, las mismas fuerzas que han polarizado al país han reclamado su compromiso al psicólogo y al sociólogo. En estas circunstancias, ¿qué papel ha desempeñado el científico social? ¿En qué medida y de qué forma las ciencias sociales han contribuido a los procesos de cambio que se debaten en El Salvador?

Lo primero que hay que decir,

más como comprobación de un hecho que como disculpa, es que la comunidad de científicos sociales salvadoreños ni estaba ni está preparada para responder los problemas que tuvo que enfrentar. Por supuesto, tampoco lo están nuestros economistas, nuestros agrónomos y mucho menos nuestros políticos; pero ello no es ningún consuelo, sino que simplemente prueba, como decía con ironía un economista salvadoreño, que "el subdesarrollo es integral". Si en Chile el gobierno de la Unidad Popular planteó retos que los científicos sociales no habían aprendido a manejar, en El Salvador los procesos revolucionarios nos encontraron en condiciones mucho más precarias todavía. La preparación recibida nos había capacitado para desarrollar unas rutinas al interior de un sistema, por más críticos que nos mostráramos de ese ordenamiento, pero no para examinar la realidad con ojos nuevos o para plantearnos problemas nuevos desde las realidades que los procesos iban generando. Sabíamos aplicar e interpretar "tests" de inteligencia, pero desconocíamos todo o casi todo sobre eso que se ha llamado con dejé paternalista "la sabiduría popular", en particular la inteligencia del campesinado, a la que cuando mucho se le concede un lugar en los calendarios. Conocíamos los consejos que hay que dar frente a las desavenencias y conflictos familiares, pero no sabíamos cómo

manejar situaciones de vida colectivistas con una pesada carga ideológica y una férrea disciplina de partido. Habíamos estudiado el papel del castigo en el aprendizaje y del modelamiento interpersonal en la adquisición de hábitos agresivos, pero no sabíamos qué hacer frente al estímulo generalizado de la violencia o a la escalada progresiva de la irracionalidad. Y aunque habíamos leído sobre los métodos de tortura empleados en Sudamérica por los regímenes de "seguridad nacional", y los experimentos de Milgram (1980) nos indicaban cuan trivialmente se puede llegar a hacer de un ciudadano normal un instrumento del terror, el encuentro directo con las formas más degradantes y crueles de arrebatar la vida nos producía reacciones de rechazo y horror, pero difícilmente estimulaba nuestro aporte analítico o nuestra intervención profesional.

Frente a las presiones de los grupos contendientes para que cada cual se comprometiera con su causa, los científicos sociales salvadoreños siguieron derroteros distintos: y mientras unos reforzaron sus prácticas de pseudoespia profesional, como si la ejecución casi ritual de sus rutinas técnicas justificara su falta de atención a los graves problemas emergentes, otros pusieron acriticamente sus conocimientos y sus habilidades al servicio de algunos de los grupos, involu-

crándose en una actividad más determinada por la opción política que por la racionalidad científica. Pocos intentaron tomar el difícil camino del compromiso crítico, para el que las fuerzas en el poder no dejaban margen ni los movimientos populares mostraban mucha comprensión. Como en el caso de Chile, por opción o por ubicación por acción o por omisión, la comunidad de científicos sociales se vio involucrada en la polarización conflictiva, sin que ninguna de sus actuaciones pudiera de hecho ser imparcial.

Desde la perspectiva que nos dan cinco años de guerra civil, quizás haya que afirmar que los científicos sociales en El Salvador pusimos en el proceso más compromiso moral que saber técnico. Son varios los psicólogos, sociólogos y economistas muertos o desaparecidos; pero el proceso mismo se caracteriza todavía por una altísima dosis de irracionalidad, que es precisamente la que hace que se perpetúe la guerra. Con todo, es posible que tengamos hoy un poco más de claridad analítica sobre lo que está en juego. Hemos aprendido, por ejemplo, que la composición social de El Salvador es bastante más compleja de lo que creíamos hace unos años y que, por más que sea objetivamente cierto que las estructuras políticas, económicas y sociales del país están configuradas para satisfacer las exigencias de una minoría y no las necesida-

des de las mayorías, los intereses inmediatos generan nuevos grupos y relaciones sociales que se entrecruzan, multiplicando instancias y obnubilando conciencias. La guerra civil de El Salvador es ciertamente una guerra de clases; pero ni todos los proletarios están con los insurgentes, ni todos los burgueses apoyan al proyecto norteamericano, y ni siquiera se puede pensar que la población del país quede medianamente descrita con la antimonía burguesa-proletariado.

Tal vez la lección más dolorosa que nos ha tocado aprender a lo largo de estos años de guerra civil es la que nos mostró la irracionalidad política de la razón científica. Frente al poder desnudo de la "seguridad nacional" nada valen teorías y argumentos. A fin de cuentas, el dato que ofrece la realidad misma es en buena medida una construcción social. Pero lo que pocas veces subrayan los analistas del interaccionismo simbólico es el papel avasallador que en la definición rutinaria de la realidad juega el poder, entendido como un diferencial de recursos entre las personas y grupos interactuantes (ver Foucault, 1980; Ibáñez, 1982; Martín-Baró, 1984b). La maquinaria propagandística que respalda al actual régimen salvadoreño es tan poderosa, su código es tan ideológicamente simplista, que asistimos impotentes a la inversión orwelliana del lenguaje: "ayuda hu-

manitaria" significa suministro de armas, "democracia" significa sumisión gregaria, "pacificación" aniquilamiento del contrario (ver Chomsky y Herrman, 1979). En este contexto, la validez siempre tentativa del análisis científico sobre los problemas sociales y el planteamiento hipotético de alternativas en la búsqueda de soluciones tienen muy poca oportunidad frente a la contundente afirmación de la verdad del poder.

Cuando un grupo de científicos salvadoreños probó que los resultados de las votaciones de 1982 habían sido desmesuradamente hinchados a fin de mostrar el apoyo popular al proyecto estadounidense (Centro Universitario, 1982b), el entonces embajador norteamericano, Dean Hinton, descalificó despectivamente con prepotente suficiencia la oferta de un estudio técnico entre especialistas salvadoreños y norteamericanos: "nosotros no tenemos ningún interés al respecto, nos dijo. Háganlo ustedes si quieren". Sin saberlo, el embajador norteamericano estaba confirmado aquel principio marxiano de que la verdad no tanto se descubre cuanto se hace. Y para hacer la verdad de El Salvador, la razón de la fuerza se bastaba ella sola frente a la fuerza de la razón. Si me permiten una aplicación un tanto libre de la disonancia cognoscitiva de Festinger, la razón no precede a las bombas,

sino que las bombas generan su propia razón. (Ver, también Hacker, 1973).

3. De Chile a El Salvador

3.1. El reto salvadoreño

Señalábamos antes las que, en nuestra opinión, se han constituido en las dos grandes novedades históricas del proceso salvadoreño: el papel de la religión y la aparición de las organizaciones populares como alternativas a los partidos políticos para las mayorías oprimidas. Una y otra no sólo reclaman nuestro estudio, sino que plantean unas interrogantes a las ciencias sociales que no podemos eludir.

Sorprende la poca atención que los psicólogos, en particular los latinoamericanos, hemos dedicado a la religión, deficiencia tanto más notoria cuanto que día tras día comprobamos en nuestros lugares de trabajo el papel crucial que lo religioso desempeña en la determinación del ser y del quehacer de las personas. Se comprende la alergia que algunos científicos sociales tienen hacia el tema religioso, no sólo por lo resbaladizo de un ámbito cargado de emotividad e incluso de irracionalidad, sino sobre todo por los mecanismos de control social que se desencadenan tan pronto como se pretende poner esa área bajo la lente científica. Sin embargo, no temo afirmar que procesos co-

mo la revolución nicaragüense o la guerra civil salvadoreña no pueden comprenderse sino se examina con cuidado el papel de los factores religiosos.

La religión ha sido la fuente principal de la que se ha alimentado el pueblo salvadoreño para mantener viva su lucha de liberación a lo largo de estos años de guerra civil (ver Montgomery, 1982). Ciertamente, muchos cristianos se han sentido llamados desde su fe hacia un compromiso con los movimientos revolucionarios, a los que han alimentado con su esperanza y han fortalecido con su capacidad de sacrificio. Pero más importante que el aporte de los cristianos como individuos ha sido la legitimación que la causa popular recibió del universo religioso. Que la Iglesia hiciera una "opción diferencial por los pobres", así fuera solamente teórica en muchos casos, que denunciara el sistema establecido como "un desorden pecaminoso", que afirmara que la liberación histórica de las estructuras de opresión y de injusticia representaba la necesaria mediación sacramental de la salvación, constituía una inversión radical del papel social desempeñado hasta entonces por la religión. Bien entendieron este cambio crítico las fuerzas en el poder que, apelando a la "verdadera religión", desencadenaron una violenta persecución contra sacerdotes, religiosos, catequistas e in-

cluso simples fieles, mientras promovían las campañas misioneras de sectas norteamericanas que llegaban a predicar que sólo la fe de Jesús podía salvar. Y que buscar la salvación en contra de las autoridades queridas por Dios significaba colaborar con las fuerzas del diablo (ver *La Iglesia*, 1982; Domínguez y Huntington. 1984).

Nada mejor que la figura de Monseñor Romero, el asesinado Arzobispo de San Salvador, para sintetizar el papel de la religión en el proceso revolucionario salvadoreño (ver Martín-Baró, 1980, 1981). Monseñor Romero era un clérigo muy conservador, de carácter tímido, estrechamente relacionado con la alta burguesía salvadoreña. Cuando la vacante producía en la diócesis de San Salvador requirió que se nombrara a un nuevo arzobispo, mientras la mayoría del clero y de las comunidades apoyaba a monseñor Rivera, la oligarquía y el gobierno presionaron en favor de Monseñor Romero. Como suele ser el caso en estos asuntos de política eclesial, la opinión de los poderosos pesó más. Pero todavía no habían callado las campanas del triunfo cuando monseñor Oscar Arnulfo Romero les daba el primer susto, suspendiendo todo culto dominical excepto la misa en catedral, para protestar por el asesinato de un sacerdote, el padre Rutilio Grande. Desde ese día, la notoria conversión de

Monseñor Romero, su defensa incansable de los derechos de los marginados y oprimidos, su voz profética denunciando con nombre y apellido la injusticia y la represión, su capacidad para convocar al pueblo, aglutinar voluntades y abrir horizontes, fueron el mejor símbolo de que la fe cristiana, sin incurrir en el fanatismo, podía alimentar las luchas por el cambio del pueblo salvadoreño.

Si la religión ha dinamizado las luchas del pueblo salvadoreño, despertándole la fe y alimentándole la esperanza, son las organizaciones populares las que han articulado su participación, proporcionando a cada cual un puesto, una identidad y una tarea. Las organizaciones populares salvadoreñas han sido doblemente revolucionarias: por un lado, porque han combatido pacíficamente por un cambio radical de las estructuras sociales del país; por otro, porque han ofrecido un modelo nuevo y generalizable de cómo integrar y capitalizar las reservas humanas del pueblo oprimido, sin instrumentalizarle, sino haciéndolo en verdad sujeto de su propia historia. Esa es la razón del éxito verdaderamente fulminante de las organizaciones populares en El Salvador, y ese es el por qué su existencia puso al descubierto la inoperancia de los partidos políticos para promover los intereses de las clases oprimidas en forma-

ciones sociales como la salvadoreña.

Cuando se ve la repercusión que el proceso salvadoreño ha tenido en el mundo entero; cuando se compara la pequeñez del país con la atención que le ha dedicado consistentemente la prensa internacional a lo largo de los últimos años; cuando se pondera su insignificancia económica y política frente a la magnitud del dinero y esfuerzo que le dedica el gobierno de los Estados Unidos, no cabe sino pensar que algo está ahí de mucha trascendencia y es importante que tratemos de examinar qué es ese algo. Ciertamente no es la masiva violación a los derechos humanos, pues situaciones similares y aun peores se dan en otros países; tampoco es la protesta popular o el levantamiento guerrillero, que también se han producido en otras partes; ni siquiera parecen serlo los cambios y conflictos experimentados en el ámbito religioso, por nuevos que resulten en el continente latinoamericano. Ninguno de estos factores parece poder explicar por sí mismos el impacto que el proceso salvadoreño ha tenido en la comunidad universal. Pero si ninguno de ellos en particular lo explica, quizás la confluencia de todos ellos en un contexto y en una circunstancia histórica muy específicas nos de la clave de su importancia. Una y otra vez se ha probado la invalidez de la "teoría del dominó", se-

gún la cual la caída de un país en la órbita de una de las superpotencias arrastraría la caída de sus vecinos. Sin embargo, alguien con más intuición ha hablado de "un virus infeccioso". El virus es una bacteria diminuta, pero su fuerza destructora puede llegar a ser inmensa. Si hay algo capaz de destruir un imperio es un virus que infecte a los pueblos oprimidos, dándoles fe en sí mismos, confianza en el poder de su organización y una causa justa a la que entregar sus vidas. Bien pudiera ser que el proceso salvadoreño constituya ese virus que pone en peligro al imperio norteamericano.

3.2. Una nueva racionalidad

La experiencia de Chile mostró a los científicos sociales que había que dejar de ser racionalidad del sistema para convertirse en guardianes de la racionalidad. El proceso salvadoreño confirma la validez de esta conclusión. en un contexto polarizado, donde se dirimen las opciones básicas de la vida de un pueblo, la distinción entre el rol de ciudadano y el rol de científico es barrida por los acontecimientos que cotidianamente prueban la utilización partidista del quehacer de cada cual. Frente al terrorismo de Estado, por ejemplo, la asepsia se convierte en complicidad, y frente a la mentira institucional el silencio se convierte en encubrimiento.

Creemos que el científico social latinoamericano debe asumir un compromiso crítico frente a los procesos de cambio. Compromiso, sí, porque no es posible ignorar la justicia fundamental de las causas populares ni lo intolerable de las situaciones en que les toca malvivir a las mayorías de nuestros países. Pero un compromiso crítico, es decir, que establezca un continuo juicio sobre la realidad y la marcha de los procesos. Si el compromiso exige del científico cercanía y participación, el sentido crítico le exige objetividad e independencia. Reencontramos así las tan ansiadas condiciones para el trabajo científico; pero su sentido es ahora muy diverso. Ya no se trata de una objetividad pretendidamente imparcial y aséptica, sino de un sistemático respeto a las realidades históricas en el horizonte de una opción ético-política; ni se trata de una independencia por aislamiento, sino de una profunda libertad de espíritu para construir la verdad del horizonte buscado.

El carácter crítico del compromiso científico debe llevar a un continuo trabajo de desideologización. Y este trabajo supone desarmar las justificaciones que encubren a las realidades históricas, desmontar todas aquellas rationalizaciones que alimentan la falsa conciencia grupal. En un conflicto desideologizar significa verse a sí mismo y al contrario

tal y como son, cada uno con su parte de verdad y de razón, pero, sobre todo, en su humanidad. Deshumanizar al enemigo para legitimar el propio quehacer aboca en última instancia a la propia deshumanización.

Si la crítica desideologizadora nos aleja de la falsa conciencia, el compromiso ético nos aparta del positivismo miope. Por eso creemos que un compromiso crítico supone un nuevo tipo de racionalidad. Una racionalidad que, como bien afirmaba Marcuse (1954/1968), nos permita descubrir nuevas alternativas históricas, aquellas realidades que no existen todavía precisamente porque son impedidas o negadas por las realidades imperantes. Hay verdades que resultan incognoscibles para el positivismo de la racionalidad imperante, en la medida en que no son verdades de hecho, sino verdades por hacer. Sin duda, el campesinado salvadoreño, analizado con nuestro instrumental al uso, resulta casi un retrasado mental, con un tipo de moralidad que rara vez supera el nivel que Kohlberg llama del "niño bueno", con un "control externo", con una bajísima motivación de logro y para remate machista. Sin embargo, una racionalidad diferente, religiosa en unos casos, política en otros, ha sabido descubrir en él unas virtualidades diferentes y ha podido desarrollar una actividad social que ha obligado al poder

imperante a aceptar cambios hasta ahora impensables, y que está poniendo en jaque a la misma maquinaria político-militar norteamericana.

El compromiso crítico de los científicos sociales debe proporcionar este tipo de racionalidad nueva, capaz de contribuir a la realización histórica de esas verdades hoy negadas e impedidas por los regímenes de seguridad nacional, agazapados detrás de las dictaduras e incluso de las democracias formales de América Latina.

3.3. Una nueva perspectiva

La sociología del conocimiento nos ha enseñado que toda razón está situada y que el lugar desde donde se conoce no sólo determina cómo se captan las cosas, sino también qué cosas se captan. Por ello una nueva racionalidad reclama una nueva incardinación de nuestro quehacer como científicos sociales, una nueva perspectiva. Sólo cuando la Iglesia ha asumido una “opción preferencial por los pobres” ha logrado una comprensión teológica distinta del misterio cristiano y ha sido capaz de entender la necesidad perentoria de una liberación histórica como sacramento, es decir, como símbolo y realidad de la salvación que anuncia. ¿Qué sentido podría tener una “buena noticia” que en nada tocara los males reales que aquejan al pueblo?

Sólo en la medida en que los científicos sociales asumamos la perspectiva de las mayorías oprimidas de nuestros pueblos será posible que nuestra ciencia descubra horizontes y realidades diferentes, quizás no tanto como realidades de hecho sino como realidades por hacer.

Hagamos un pequeño ejercicio mental. ¿Hemos pensado alguna vez como se verá el trabajo, no desde la vertiente de quienes generalmente tenemos empleo asalariado, sino de quienes se encuentran perpetuamente marginados por el sistema, sin más horizonte que eventuales ocupaciones pasajeras? Ahora bien, en El Salvador la sumatoria del desempleo y lo que eufemísticamente se llama “subempleo” alcanza niveles de hasta el 60% o más de la población en edad de trabajar (no me atrevo a decir “económicamente activa”) (El Salvador, 1984). Lo normal para la mayoría de los salvadoreños es el carecer de un empleo estable remunerado. Pero si esto es así, el trabajo adquiere un sentido personal y grupal muy distinto, y difícilmente se le puede considerar como el vehículo fundamental para el desarrollo de las personas, a no ser como negación.

Una inversión similar se produce en otras áreas de las ciencias sociales cuando se asume la perspectiva de las mayorías oprimidas. Así, por ejemplo, la

marginación. Cuando uno recorre hoy día la ciudad de San Salvador, no puede menos de notar no sólo esas divisiones hirientes que separan como muros invisibles los muchos barrios pobres de los pocos barrios ricos, sino los muros ostensibles que rodean las casas de los adinerados, convertidas en verdaderas fortalezas, o esas otras fortalezas rodantes que son los carros blindados. ¿Quiénes son, entonces, en El Salvador los verdaderos marginados? ¿Quiénes están realmente al margen de la vida normal, de los estilos y formas de vida propios del país, de sus alegrías y sufrimientos? No se trata de una "boutade", de una simple salida ingeniosa; se trata de que el cambio de perspectiva modifica profundamente los esquemas estructuradores de nuestro conocimiento científico, haciéndonos ver otras caras de la realidad y aun otras realidades.

Cada vez que alguno de nuestros pueblos latinoamericanos ha intentado buscar un cambio social radical que le sacara de su situación de dependencia opresiva y de enajenación histórica, los científicos sociales se han encontrado desbordados por los acontecimientos y las propias ciencias han mostrado lo precario de su aporte cuando no la inadecuación parcializada de sus esquemas. Tanto en Chile hace ya más de una década, como en El Salvador hoy, los procesos de cambio popu-

lares nos plantean la necesidad de que el científico social asuma una nueva perspectiva, no sólo como una exigencia ética, sino incluso por honestidad científica. La verdadera objetividad no es la que se conforma con reflejar las lamentables realidades de nuestros pueblos, sino aquellas que desde la perspectiva de las mayorías contribuye a abrirles el horizonte de una historia distinta, de una realidad por hacer. Al asumir un compromiso crítico con las causas de su pueblo, el científico social pasa de ser la racionalidad de los guardianes a ser guardián de la racionalidad; pero esa racionalidad tiene que ser necesariamente nueva a fin de que permita afirmar aquello que niega el poder actual. Sólo así se dará un aporte significativo a las ciencias sociales a los procesos de cambio, una y otra vez intentados por nuestros pueblos, hartos de garrotes y tutelas, pero hambrientos de desarrollo con justicia y paz con libertad.

BIBLIOGRAFIA

- Browning, David (1975). *El Salvador, La tierra y el hombre* (Traducción de Paloma Gastesi y Augusto Ramírez). San Salvador: Ministerio de Educación, Dirección de Publicaciones.
- Cabarrús, Carlos R. (1983). *Génesis de una revolución*. México: La Casa Chata.
- Campos, Tomás R. (1979). "El papel de las organizaciones populares

- en la actual situación del país", *Estudios Centroamericanos (ECA)*, 372-373, 923-946.
- Centro Universitario de Documentación e Información (1982). "La violación de los derechos humanos en El Salvador". *Estudios Centroamericanos (ECA)*, 403-404, 543-556. (a).
- Centro Universitario de Documentación e Información (1982). "Las elecciones de 1982. Realidades detrás de las apariencias", *Estudios Centroamericanos (ECA)*, 403-404, 573-596. (b).
- Chomsky, Noam and Herrman, Edward S. (1979). *The political economy of rights. Vol. 1: The Washington connection and Third World Fascism*. Boston: South End Press.
- Deleule, Didier (1972). *La psicología, mito científico* (Traducción de N. Pérez y R. García). Barcelona: Anagrama.
- Domínguez, Enrique and Huntington, Deborah (1984). "The salvation brokers: Conservative evangelicals in Central America". *NACLA, Report on the Americas*, 18, 2-36.
- Ellacuría, Ignacio (1984). *Los modos sociales de participación política*. San Salvador (manuscrito inédito).
- El Salvador, Ministerio de Planificación y Coordinación del Desarrollo Económico y Social (1984). Diagnóstico económico social 1978-1984. San Salvador (mimeo).
- Encrucijada en El Salvador (1984). *Estudios Centroamericanos (ECA)*, 425 (todo el número).
- Escobar, Francisco Andrés (1980). "En la línea de la muerte (La manifestación del 22 de enero de 1980)". *Estudios Centroamericanos (ECA)*, 375-376. 21-35.
- La fe de un pueblo. Historia de una comunidad cristiana en El Salvador (1970-1980) (1983). San Salvador: UCA Editores.
- Foucault, Michel (1980). *Historia de la sexualidad. 1. La voluntad de saber* (Traducción de Ulises Guiñazú). Madrid: Siglo XXI.
- González, Gabriel A. (1980). "Genocidio y guerra de exterminio en El Salvador?". *Estudios Centroamericanos (ECA)*, 384-385, 983-1000.
- Hacker, Friedrich J. (1973). Agresión (Traducción de Feliu Formosa). Barcelona: Grijalbo.
- Hernández-Pico, Juan y Jerez, César (1973). *El Salvador: año político 1971-1972*. San Salvador: Universidad Centroamericana José Simeón Cañas.
- Ibañez, Tomás (1982). *Poder libertad*. Barcelona: Hora. *La Iglesia en El Salvador* (1982). San Salvador: UCA Editores.
- Instituto de Investigaciones de la Universidad Centroamericana José Simeón Cañas (1985). *Desplazados y refugiados salvadoreños*. Informe preliminar, San Salvador (mimeo).
- Jaspers, Karl (1955). *Psicopatología general*, (Traducción de Roberto O. Saubidet y Diego A. Santillán). Buenos Aires: Beta. (Traducción de la quinta edición, publicada en 1946. La primera edición es de 1913).
- Lawyers Committee for International Human Rights and Americas Watch (1984). *El Salvador's other victims: the war on the displaced*. New York.
- Maduro, Otto (1979). Religión y lucha de clases. Caracas: Editorial Ateneo de Caracas.

- Marcuse, Herbert (1968). *El hombre unidimensional* (Traducción de Antonio Elorza). Barcelona: Seix Barral. (Originalmente publicada en 1954).
- Martín-Baró, Ignacio (1980). "Monseñor: una voz para un pueblo pisoteado". En J. Sobrino, I. Martín-Baró y R. Cardenal, compiladores, *La voz de los sin voz. La palabra viva de Monseñor Romero*. San Salvador: UCA Editores.
- Martín-Baró, Ignacio (1981). "La guerra civil en El Salvador". *Estudios Centroamericanos (ECA)*, 387-388, 17-32. (a).
- Martín-Baró, Ignacio (1981). "El liderazgo de monseñor Romero. (Un análisis psicosocial)". *Estudios Centroamericanos (ECA)*, 389, 151-172. (b).
- Martín-Baró, Ignacio (1983). "Polarización social en El Salvador". *Estudios Centroamericanos (ECA)*, 412, 129-142.
- Martín-Baró, Ignacio (1984). "Guerra y salud mental". *Estudios Centroamericanos (ECA)*, 429-430, 503-514. (a).
- Martín-Baró, Ignacio (1984). *Psicología social V: Sistema social, marginalidad y poder*. San Salvador: Universidad Centroamericana José Simeón Cañas (mimeo) (b).
- Milgram, Stanley (1980). *Obediencia a la autoridad*. (Traducción de Javier Goitia). Bilbao: Desclée de Brouwer.
- Miller, George A. (1969). "Psychology as a means of promoting human welfare". *American Psychologist*, 12, 1063-1075.
- Montgomery Tommie Sue (1982). *Revolution in El Salvador, Origins and evolution*. Boulder, Co.: Westview Press.
- Montes, Segundo (1984). "La situación de los salvadoreños desplazados y refugiados". *Estudios Centroamericanos (ECA)*, 434, 904-920.
- Pronunciamiento del Consejo Superior Universitario de la Universidad Centroamericana José Simeón Cañas sobre la nueva situación del país tras el quince de octubre (1979). *Estudios Centroamericanos (ECA)*, 372-373, 894-862.
- Sevilla, Manuel (1984). "Visión global sobre la concentración económica en El Salvador". *Boletín de Ciencias Económicas y Sociales* (UCA, San Salvador), 7, 155-190.
- White, Alastair (1983). *El Salvador*. (Traducción de Violeta Rosenthal). San Salvador: UCA Editores.
- Zuñiga, Ricargo (1976). "La sociedad en experimentación y la reforma social radical. El papel del científico social en la experiencia de la Unidad Popular de Chile". En I. Martín-Baró, compilador, *Problemas de psicología social en América Latina*. San Salvador: UCA Editores.